

HOMENAJE COMPARATIVO A LA MEMORIA DE PEP CALSAMIGLIA

Por José Luis L. ARANGUREN

Hay los profesionales de la filosofía, los profesores de filosofía, y hay los que, sencillamente, viven la filosofía. Los primeros, cuando toman —tomaban— completamente en serio su profesión, hacían profesión de ella e impartían sus lecciones magistrales revestidos de la liturgia académico-profesoral. La filosofía de profesores va desapareciendo y siendo sustituida por la filosofía funcionarial. Los antiguos profesores de filosofía vivían *para* la filosofía. Sus actuales funcionarios viven *de* la filosofía. Destacándose de ellos ha surgido hoy —más bien ayer— la nueva subespecie de los técnicos o expertos en filosofía, los que se proponen convertirla en saber riguroso.

Pep Calsamiglia tuvo poco que ver con estos profesionales que sacan a la filosofía de su quicio. Nunca ingresó de lleno en el *Heilige Stand* de los Catedráticos y sin practicar, propiamente hablando, la «filosofía mundana», en nada se pareció a un burócrata de la filosofía y era demasiado humano para, por un lado, convertir la filosofía en un tecnicismo, ni, por el otro, quiso vivir restrictiva y sublimadamente, vivir para la filosofía. Lo que hizo fue *vivir la filosofía*, nada más y nada menos. Vivirla en sus Seminarios, sí, pero también en sus conversaciones, en todas sus conversaciones, aun cuando no fueran formalmente filosóficas, y yo diría que en todos los actos e instantes de su vida. Discípulo de Xirau y, en esto, también de las tesis de d'Ors, tomó la

vida con filosofía y llevó siempre la filosofía a la vida. Entre todas sus admirables lecciones ésta fue, para mí, la más admirable de todas.

Digo «para mí» porque yo no he sido capaz de esta fusión de la filosofía en la vida y de la vida en la filosofía. Mi filosofar —modesto filosofar— es, no diré que una tarea separada de la vida, pero tampoco fundida en ella. Yo pienso filosóficamente en la clase o en la conferencia, cuando escribo y, con suerte, en las meditaciones de antes de dormir (secularización de las correspondientes oraciones del cristiano), nunca a la hora de despertarme y levantarme. En mí, y pienso que en la mayoría de los mortales, el «yo ejecutivo», el que se levanta por la mañana, actúa, se mueve y, en la acepción un tanto desnuda de la palabra, vive, va delante. Detrás, renqueando, el «yo reflexivo» se hace cuestión de lo que su otra mitad ha vivido y, poco o mucho, filosofa sobre ello. Es decir, pienso que lo dicho por Hegel en el plano social-histórico es verdad también para la mayor parte de los hombres, en el plano de su vida y su filosofía personales.

Pero no, según creo, para Pep Calsamiglia. Y por eso envidio su «justo medio» entre vivir para la filosofía —no digamos el extremo y lamentable vivir de la filosofía— y este no poder vivir *pari passu* y *ex aequo* vida y filosofía. Ya lo he dicho: fue para mí la más alta lección que nos ha dejado a quienes llegamos demasiado pronto a la vida para ser sus discípulos.